



Oxford, Mississippi destino Faulkner

Gabriel Jaime Alzate Ochoa

Verano en el Delta del Mississippi

El cielo despejado hace dudar de que haya algo que pueda llamarse horizonte y ponga límites a esa profundidad azul. La humedad es asfixiante y el brillo se extiende por todas partes.

A cada lado de la interestatal 55, reposan en silencio caseríos, ciudades pequeñas y, vegetación adentro, en medio de planicies cubiertas de flores y entre robles centenarios, se yerguen las mansiones de las antiguas plantaciones de algodón que datan de antes de la Guerra de Secesión y, junto a ellas, corre el río, ese espíritu que los habitó y habitará siempre: *Oldman*, el Mississippi.

El verano del Delta recuerda a Ike McCaslin, a Sam Fathers, hijo de una esclava negra y de un rey Chickasaw, quien, según Faulkner, era “heredero por un lado de la larga crónica de un pueblo que había aprendido la humildad a través del sufrimiento, y el orgullo a través de la fortaleza que sobrevive al sufrimiento [...]”, según dice en el relato “El oso”. El Delta con sus misterios y su historia que habla de la dignidad, la prudencia, la sabiduría y el honor de unos hombres a quienes forjó el constante contacto con la tierra y con su tradición y, en muchos casos, la aceptación de la derrota en una guerra que, para muchos, aún continúa.

Yoknapatawpha: Oxford-Jefferson

El Sur de Faulkner es un paisaje de explanadas, bosques, rollos de heno, sombras que se alargan por pequeñas carreteras; los caballos pastan en la pradera, escenario de las argucias de aquellos sureños

en un episodio de la novela *El villorrio*, que habla de un caballo pintado de negro reluciente, que arrojaba espumarajos cual si se tratase del más brioso de los alazanes y cuyo dueño, con el fin de hacer más fácil su trueque, había inflado por entre el pellejo. De un momento a otro, bajo la lluvia, el caballo cambia de negro a rojo y se transforma frente a ellos: “como si un clavo hubiera pinchado un gran neumático de bicicleta. Hizo ‘jushshshshs!’ y entonces lo que quedaba del caballito negro que habíamos comprado a Pat Stamper, se desvaneció”, afirma el narrador. Por un caballo lo que fuera, porque como lo señala Ratliff, en la misma novela, los sureños delante de un caballo eran capaces de volverse locos.

La interestatal se abre en un triple sendero, uno de los cuales, el de la izquierda, tiene un aviso: Chickasaw, las tierras que fueron el espacio geográfico del condado de Yoknapatawpha, que en la lengua de la misma tribu quiere decir “agua que corre lenta por la pradera”. Este era el territorio del que el escritor había dibujado el mapa en la novela *¡Absalón, Absalón!* con anotaciones precisas: “Área 2.440 millas cuadradas; población de 6.298 blancos y 9.313 negros”, y al pie, añadía para no dejar dudas: “William Faulkner, único dueño y propietario”.

Este es el corazón del Profundo Sur y de sus personajes, hilarantes unos, delirantes otros, inteligentes y astutos, perdidos, asfixiados por la sofocante tragedia de sus vidas, de sus ancestros que parecían erigirse sobre las generaciones de vástagos enloquecidos por el odio, el amor y la violencia: siempre muy humanos. Acaso

piadosos, solidarios, despóticos, héroes bíblicos y, en ocasiones, de reciedumbre griega, que reflexionaban frente a la pregunta de si resultaba justo y oportuno continuar camino por entre tanta desgracia y derrota acumuladas, y se preguntaban, como Horace Benbow en *Santuario*, si era posible recuperar la dignidad y el honor dejados en manos ajenas, o quizá miraban por encima del hombro su propia desgracia y la de los suyos mientras arrojaban a sus hijos al fratricidio y trataban de olvidar su historia como Thomas Sutpen en *¡Absalón, Absalón!*, o viéndose obligados a narrarla una y otra vez para tratar de entenderse a través de su propio relato como lo hacen Rosa Coldfield y Quentin Compson en la misma novela.

Las tierras que rodean la ciudad de Oxford están compuestas por colinas de regular tamaño y por praderas cuyo verdor deslumbra con el reflejo del sol, como si fuera un dorado heno que refulge sin pausas, un espejo puesto cara al cielo. Tal vez sea esa la razón por la cual las flores tienen ese extraño brillo quietas en los jarrones de lata, en los canteros desvencijados, a punto de venirse abajo como si el viajero se hallara en los predios del Recodo del Francés, de Will, Jody y Eula Varner,¹ aquella mujer exuberante como la tierra: fecunda, seductora, plena de sensualidad y embrujo.

¿En qué dirección, según el viaje que alguna vez finalizara Lena Grove, ardía la casa de la señorita Joanna Burden?² Ficción y realidad, juntas una vez más, resurgen gracias a la memoria de los libros leídos y permiten al viajero imaginar una ordenada sucesión de genealo-

gías: ¿dónde estaba el comienzo de la generación de los Sartoris, los Snopes, los Compson, los Coldfield, o los infortunados Sutpen?³

Mediodía en silencio

El calor del verano es el origen del silencio bajo la luz de julio. A esta hora, Oxford-Jefferson es serenidad que extiende esquinas, calles y aceras en medio de una calma que construye sospechas: cortinas desplegadas que convierten las ventanas en testigos sin voz.

De cualquier forma, esta soledad evoca la imagen de Joe Christmas,⁴ errante, sin pasado conocido, sin identidad; tal vez por ese motivo dos imágenes rondan durante el camino al viajero lector de Faulkner: una, la de Lena Grove, quien después de caminar millas y millas desde Alabama llega a Jefferson y piensa, entre ingenua y feliz: “Todavía no hace un mes que me puse en camino y heme aquí ya, en Mississippi”. La otra imagen es la de Christmas, que avanza por la ciudad y busca quién dé razón de él, de cada uno de sus actos, necesita un ser humano al que pueda aferrarse para sentirse con derecho a vivir, autorizado para respirar como negro entre los blancos, o mejor, como un hombre que tiene un cuarto de sangre negra entre tanto blanco y a quien no admiten ni unos ni otros.

El viajero se detiene ante el edificio de la corte, que data de 1871, luego de que el original fuera arrasado por los ejércitos del norte; ante él, el monumento al soldado confederado erigido en 1907: la estatua representa a un hombre joven que empuña un fusil, la misma figura que con ligeras variaciones puede verse por todas las ciudades impor-

tantes del Sur. Ese monumento representa a los jóvenes que alguna vez fueron hermanos, padres, hijos, prometidos de alguien y no regresaron; el monumento es los ancestros, el pasado, la derrota en la Guerra de Secesión, y las banderas confederadas que, por mucho que resulte extraño, hoy todavía ondean en los balcones o aparecen en las placas de los automóviles en un gesto de afrenta: como si la guerra no hubiera pasado, o apenas estuviera a punto de comenzar, y ellos continuaran siendo el Sur, el Profundo Sur.

Diagonal está la alcaldía, y ambos edificios logran que de inmediato surja la inquietante imagen de la trilogía: *El villorrio*, *En la ciudad* y *La mansión*, que cobran vida en sus descripciones, detalles y personajes; la intimidad de Jefferson, su fundación, su crecimiento, su historia aparecen en medio de la tarde, avanzan como si de alguna manera este verano abriera, excepcionalmente, un escenario para que sean los personajes de las novelas de Faulkner los que den la bienvenida, mientras los habitantes de la ciudad descansan al cobijo de sus amplios salones con aire acondicionado y el viajero cruza las calles desprevenido, como si viviera en la época en que el mayor Manfred de Spain⁵ instaló la primera agencia de flamantes automóviles E. M. F.

La alcaldía es un imponente edificio de ladrillos rojos rodeado de árboles de flores blancas; árboles entre medianos y grandes que llegan casi al tercer nivel del edificio y dan sombra, aunque escasa, a algunas de sus ventanas. Los ventanucos del ático dan la impresión de permanecer cerrados desde siempre, de guardar los secre-

tos de Manfred de Spain, aquel alcalde que sobresalió por su rivalidad con Gavin Stevens⁶ y por sus amores con Eula Varner. En letras doradas sobre el pórtico en arco de la entrada principal se lee: "1885, Oxford City Hall".

A la derecha en el jardín, una banca, y sentada en ella la escultura de Faulkner erigida en 1997 con ocasión del centenario de su nacimiento. Lleva traje entero y corbata, sostiene la pipa en su mano izquierda y tiene puesto el sombrero, ni más ni menos que cuando solía pasear por las calles y los bares de Oxford: la serenidad de la mirada, la ausencia que asoma en esa quietud, como si insistiera en que lo esencial no era él sino los personajes que le habían permitido vivir; el hombre que había escrito en una de sus cartas que el único epitafio que merecía era: "escribió los libros y murió".

También estaban, de algún modo, sus personajes: Ratliff⁷ y su apremiante necesidad de ser el cronista de las noticias del condado; Eula Varner; Flem Snopes o la tenacidad del ambicioso; Thomas Sutpen⁸ y su delirante revancha ante un Sur que le jugó malas pasadas a toda una generación; Rosa Coldfield contándose a sí misma la historia de su tierra y su familia; Lena Grove, tímida, ingenua y tranquila caminante hacia Jefferson en busca del inexistente y deseado marido; Temple Drake,⁹ entre la violación, la inocencia y la rebeldía; Horace Benbow y la derrota de sus relaciones afectivas y su fracaso como abogado; Popeye y la impotencia disfrazada de violencia; la inteligencia exacta del investigador Gavin Stevens; Joe Christmas y la búsqueda de

un lugar en el mundo. Juntos eran y son deseos, pasiones sin descanso, crimen, venganza, ceguera y dolor, pero también perdón, consideración y sensatez.

En el 114 de Courthouse Square, se encuentra la casa en cuyo segundo piso el abogado, posteriormente fiscal del distrito y más tarde juez de Jefferson, Gavin Stevens, tenía su oficina: dos pisos que se alargan hasta casi la mitad de la cuadra, sostenidos por una hilera de columnas de madera que enmarcan un amplio pasillo. Stevens fue eterno pretendiente de Eula Varner, Snopes de casada, y luego tutor de Linda, la hija de esta, además de tío de Charles Mallison, el adolescente que en *El villorrio* dice de Eula que en ella había "demasiada blancura, demasiada hembra, demasiada gloria, por así decirlo; de modo que bastaba la primera mirada para sentir una especie de gratitud por el mero hecho de vivir y ser varón simultáneamente con ella en el aire y en el espacio". Mujer a quien las damas de Jefferson no le reprochaban su comportamiento, porque lo suyo no era un asunto de simple moralidad; lo que las escandalizaba era el modo en que los caballeros, sus hermanos, esposos, hijos, sobrinos, la miraban.

Rowan Oak, la casa

A poco de recorrer las calles y las suaves pendientes, un umbrío camino bordeado por árboles de gran tamaño lleva a un vecindario de casas centenarias. Senderos apacibles conducen a una pequeña hondonada luego de la cual se abre una planicie cubierta de largos pinos y añosos robles, rodeada de un espeso bosque.

Rowan Oak, la casa de Faulkner, fue construida en 1848 por el coronel Robert Sheegog, inmigrante irlandés residente en Tennessee; antes de que el escritor la habitara en 1930, la casa había pasado cerca de siete años desocupada. Allí vivió el novelista hasta su muerte en 1962. Para él siempre fue un lugar que le brindó seguridad, paz, y preservó su intimidad de los intrusos.

Hay un sendero de piedras, curvo primero y recto después, que desemboca en la puerta principal de la casa, lleno de luz y de sombras que se alternan entre los troncos de los árboles. Es la luz de julio que se acaba y del agosto que recibió a Lena Grove la mañana de su llegada a Jefferson, la misma que ilumina los dos pisos de la blanca mansión.

El espacio se abre para narrar la ausencia y, paradójicamente, la presencia del escritor: el establo, la pesebrera, la casa donde guardaba las herramientas y que fue escenario para una fotografía que data de 1962, en la que aparece Faulkner vestido con un saco raído, pantalones rotos y zapatos que acusan un desmedido uso: levanta la mano izquierda, empuja la puerta, mira abajo a la derecha, la otra mano a media altura. De inmediato en el viajero confluyen dos acciones simultáneas: ver el campo abierto y pensar en los caballos que fueron una de las pasiones del escritor; una que éste se encargaría de comunicarle a Jill, su hija, quien dio clases de equitación en Charlottesville, Virginia, hasta poco antes de su muerte en 2008.

Igual se encuentra el escritor en la casa: en uno de los salones, junto a la chimenea, están las botas negras de caña alta,

la chaquetilla roja de montar, los pantalones color crema para equitación, la fusta, las escopetas de caza y, a un lado, los viejos zapatos de la famosa foto. En el siguiente salón, la sala de música con el piano y sobre éste un cuaderno de partituras con una selección de grandes obras para piano. En la biblioteca, sobre la chimenea, hay un retrato al óleo de un Faulkner de

forrada en raso marrón que ocupaba el escritor cuando leía, un libro en cuya tapa no hay ningún tipo de inscripción. La vista no alcanza a detallar si la hay en su lomo. A la izquierda, un escritorio vertical, francés, con dos puertas de vidrio que guardan libros. Allí, todavía está la libreta de anotaciones del escritor y, encima de ella, las gafas. Nada hay que pueda leer-



Vía de acceso a la casa de William Faulkner

mediana edad elegantemente trajeado, al frente mesas con esculturas; y a la derecha, un estante con libros, entre ellos un volumen del Quijote, libros de historia de los Estados Unidos, novelas de Conrad, dramas y poesía de Shakespeare. Hay también una fotografía del escritor cuando era joven, vestido de militar y, en la mesa al lado de la lámpara y junto a la silla

se. El conjunto lo completa la sobriedad de los muebles y las cortinas que hacen juego con el papel que tapiza las paredes y que es renovado convenientemente cada cierto tiempo por la Universidad de Mississippi, que tiene a su cargo la casa.

La mano de Jill, su hija, y la de Estelle Oldham Faulkner, su esposa, parecen estar en todas partes: el orden, la limpieza,



el cuidado. Igual se evocan los rituales del escritor: negarse a tomar sus alimentos en un lugar diferente al iluminado comedor cuyos ventanales dan al jardín. Otro ritual, quizá un capricho, contrario a lo que deseaba su esposa: “no habrá aire acondicionado en esta casa mientras yo viva”. Y así fue: el 8 de julio, un día después del sepelio del escritor, Estelle, que lo sobreviviría un año, mandó instalar el aire acondicionado en su habitación. Las disputas habían terminado.

Por toda la casa hay elementos que edifican la memoria del escritor: en las paredes, los retratos al óleo de Faulkner y fotografías en diferentes momentos de su vida; las lámparas francesas y españolas que datan del siglo XIX confieren a los distintos espacios un aire de señorío propio de las casas habitadas por los caballeros del Deep South; las acuarelas pintadas por Estelle, flores, mariposas, pájaros, colores de la vida compartida, silencios captados del paisaje de Rowan

Oak, adornan los corredores de la mansión.

El estudio del escritor es un lugar cuya atmósfera permite identificar la pasión por el trabajo, basta con mirar las paredes en donde Faulkner rayó con lápiz negro y luego con lápiz rojo de aceite, bosquejos de los capítulos de la novela *Una fábula*. Cada capítulo está identificado en números romanos. Pueden leerse las anotaciones como si se tratara de las indicaciones precisas para una puesta en escena. Aparte de eso, un enorme ventilador gris hace pensar en las aspas de un avión de guerra, los mismos que alguna vez soñó con pilotear el escritor; estanterías con libros dispersos, algunos ejemplares de sus novelas, primeras ediciones de *Santuario*, *Mientras agonizo*, *Los invictos*, *Una fábula*. Todo permanece tal cual lo dejó el escritor. Una cama angosta de regular tamaño y dos mesas pequeñas, en una de las cuales hay dos medias botellas de whisky de maíz: una de ellas medio vacía, medio llena; Faulkner sabría...

Al segundo piso se llega por dos escaleras de madera, una de las cuales está después de cruzar la puerta principal de la casa, y la otra, situada al fondo, antes de la cocina. Las escaleras tienen un rellano desde donde puede verse el amplio corredor que lleva al balcón y a las habitaciones: la del escritor, sobria, austera casi; una cama grande de pesada madera, un estante bajo de tres entrepaños con libros, y en la parte superior la pipa, una caja de madera y otra de latón con el tabaco, y en el medio una lámpara para leer.

La habitación de Estelle era al mismo tiempo el estudio donde pintaba sus acuarelas, quizá por esa razón es la más iluminada del segundo piso: la esquina al lado de la cama está franqueada por dos ventanas y frente a una de ellas está el caballete con los utensilios para su trabajo. La habitación de Jill da al otro costado de la casa; allí la imagen del padre se conjuga con las preferencias de la hija: novelas, libros de historia, ediciones de las novelas escritas por su padre, libros sobre los caballos y muñecas hermosamente vestidas; junto a éstas, caballos en cerámica y acuarelas de caballos que pastan en la pradera.

Atrás de la casa, enmarcados por el bosque, quedan los prados donde solía cabalgar el escritor y, al frente, junto a la casa que ocuparon los descendientes de los criados de la familia Faulkner hasta mediados de los ochenta, se encuentra el ahumadero, lugar donde se afanaban los criados para preparar, antaño, los alimentos; se trata de una construcción en ladrillo que, bien mirado, puede ser más amplia, grande y alta que los actuales apartamentos.

En la cocina, amplia y muy iluminada, llama la atención que, al entrar, justo a la izquierda de la puerta, se encuentra el teléfono, y junto a éste, la pared aparece llena de borrones, indicaciones cortas, números telefónicos, direcciones, nombres. Un espacio considerable, rayado desordenadamente de puño y letra del escritor: directorio telefónico, libreta de direcciones y agenda personal.

Sr. Peter's Cemetery: la tumba de Faulkner

Al lugar se llega por una amplia avenida que surca un hermoso vecindario de casas de tres niveles —contando el ático—, pintadas de gris claro que hace un perfecto contraste con el oscuro de sus techos y el más claro de las ventanas. De fondo, un bosque. El cementerio está ubicado sobre Jefferson Avenue y North 16th Street.

Dan la bienvenida los verdes declives del cementerio, las tumbas a ras de piso, las lápidas grises de piedra, los pequeños mausoleos, las inscripciones, las fechas, los mensajes en cada lápida y, de tanto en tanto, un obelisco de mediana altura que se yergue solitario. Imágenes religiosas muy escasas. Flores, pocas. Un cielo azul claro casi blanco, prados de un verde mate, pequeños árboles podados en forma circular y, tras ascender una pendiente por escaleras de piedra, se encuentra, cobijada por la sombra de un antiguo roble, la tumba de Faulkner.

Algún visitante ha dejado una corona de flores y bayas moradas. Los viajeros, cumplen emocionados con el viejo ritual de dejar una botella de whisky en la tumba, además de tabaco y unas monedas. La gente quiere al viejo Bill, lo extrañan; no importa que alguna vez hayan tratado de hacerle la vida

imposible, y que, al ignorarlo, pretendieran cobrarle su independencia. Él estaba hecho a prueba de esas nimiedades.

En el mausoleo se halla la inscripción Faulkner y, ante este, dos lápidas: William Cuthbert Faulkner, Estelle Oldham Faulkner.

WILLIAM CUTHBERT FAULKNER
BORN SEPT 25, 1897
DIED JULY 6, 1962
BELOVED GO WITH GOD

El viajero lee en silencio. ■

Gabriel J. Alzate O. (Colombia) Profesor de la Universidad del Valle. Entre sus obras publicadas se encuentran: *Los viejos tienen que morir* (Premio Jorge Isaacs de Novela, 2002), *El viajero en el umbral* (Premio Nacional de Novela, 2006) y *Francisco de Quevedo entre la mordaza y la pluma*.

Notas

- 1 Eula Varner y su familia aparecen a lo largo de las novelas de la trilogía: *El villorrio*, *En la ciudad*, *La mansión*. Eula, embarazada y sin marido, se ve obligada a casarse con Flem Snopes en virtud de una deuda que el padre de la mujer tiene con el astuto Snopes.
- 2 Lena Grove y Johanna Burden son dos personajes claves en la novela *Luz de agosto*.
- 3 La familia Sartoris, puede hallarse, entre otras narraciones, en las novelas *Los invictos* y *Sartoris*; los Snopes en la mencionada trilogía; Los Compson, en *El sonido y la furia* y, junto a los Coldfield y los Sutpen, en *¡Absalón, Absalón!*
- 4 Joe Christmas es el hombre que busca su destino en la novela *Luz de agosto*.
- 5 De Spain, alcalde de Jefferson, personaje de la trilogía mencionada.
- 6 A Stevens, abogado de profesión, lo encontramos, convertido en sagaz investigador, en relatos como “Humo” que aparecen recopilados en un volumen bajo el título de *Gambito de caballo*; de igual forma, y como personaje fundamental, aparece en las novelas de la trilogía.
- 7 V. K. Ratliff, vendedor de máquinas de coser, recorre el condado y cuenta, en la trilogía, las noticias recientes.
- 8 Thomas Sutpen es el propietario del denominado Ciento de Sutpen en *¡Absalón, Absalón!*
- 9 Temple Drake, Horace Benbow y Popeye son personajes en torno a los cuales gira la historia en *Santuario*.

NOVEDAD



Respiración de la casa
Eufrasio Guzmán Mesa
Editorial Lealon
Medellín, 2008
104 p.

Respiración de la casa es un ejercicio de captación del habitar. La casa es no sólo el lugar por excelencia para el desarrollo de la vida humana, también hablamos del lenguaje como la casa del ser y del morar, como un relatar que nos permite desplegar lo que somos, esa rueda de señales que le dan sentido a una vida. Aquí se intenta captar lo que permanentemente escapa, la experiencia misma de ser. Tener una casa es generar un estilo para percibir el tiempo, enfrentar el nacimiento y el dolor inherentes a todo comienzo y afrontar las contingencias del vivir. Habitar con intensidad supone amar y rastrear las huellas que luego le dan sentido al vivir. En esta colección de poemas se intenta captar la luz propia de todo morar y la importancia del permanecer y el sufrimiento de la pérdida, la forma como la casa se teje de ausencias, de partidas y silencios que a veces devora, nla morada humana.